

LUIS PALAU

con JAY FORDICE



TRANSFORMADO POR LA FE

*Descubra los poderosos
beneficios de la fe*

LUIS PALAU

con JAY FORDICE

TRANSFORMADO POR LA FE

Descubra los poderosos beneficios de la fe



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la apasionante página de Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

TYNDALE and Tyndale's quill logo are registered trademarks of Tyndale House Publishers, Inc.

Transformado por la fe: Descubra los poderosos beneficios de la fe

© 2011 por Luis Palau. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Valentin Casara/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Concepto de la portada por Katie Bredemeier

Diseño: Al Navata

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Jaime y Abigail Mirón

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con NVI han sido tomados de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.™ Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente. www.zondervan.com.

Originalmente publicado en inglés en 2011 como *Changed by Faith* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-3622-0.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Palau, Luis, date.

[Changed by faith. Spanish]

Transformado por la fe : descubra los poderosos beneficios de la fe / Luis Palau con Jay Fordice.

p. cm.

Includes bibliographical references (p.).

ISBN 978-1-4143-3623-7 (sc)

1. Christian life. I. Fordice, Jay. II. Title.

BV4501.3.P33813 2011

248—dc22

2011002356

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

17 16 15 14 13 12 11

7 6 5 4 3 2 1

Para mis cuatro nueras, mujeres de Dios:

Michelle Morford Palau,

Gloria Holden Palau,

Wendy Levy Palau y

Megan Cochran Palau.

Contenido

Introducción	<i>vii</i>
CAPÍTULO 1: Espere más	<i>1</i>
CAPÍTULO 2: “Conócete a ti mismo”	<i>15</i>
CAPÍTULO 3: Muchísimo mejor	<i>27</i>
CAPÍTULO 4: Feliz y bendecido	<i>39</i>
CAPÍTULO 5: Monstruos de depravación	<i>51</i>
CAPÍTULO 6: El lugar donde de verdad se encuentra su autoridad	<i>67</i>
CAPÍTULO 7: Corona en vez del polvo	<i>81</i>
CAPÍTULO 8: Lo que dice la Biblia acerca de usted	<i>91</i>
CAPÍTULO 9: La imagen de Dios	<i>109</i>
CAPÍTULO 10: Emanuel: Dios con nosotros	<i>121</i>
CAPÍTULO 11: Una nueva clase de rebelde	<i>141</i>
CAPÍTULO 12: Embajador de Dios	<i>155</i>
CAPÍTULO 13: Terapia de grupo	<i>169</i>
CAPÍTULO 14: Más que conocimiento	<i>179</i>
CAPÍTULO 15: Construyendo una ciudad	<i>189</i>
CAPÍTULO 16: De regreso a la tierra prometida	<i>207</i>
EPÍLOGO: Cuando llegamos al final de la cuerda	<i>221</i>
Guía de estudio	<i>229</i>
Acerca de los autores	<i>237</i>
Notas	<i>239</i>

Introducción

TENGO UNA AMIGA que está luchando con un cáncer que le ha vuelto por undécima vez. Desde que tenía diecinueve años de edad, ha sido una batalla continua. Cáncer en la cerviz, en el útero y en los ovarios, en la tiroides, en los módulos linfáticos, en el estómago y cáncer de mama dos veces. También dos veces melanomas cancerosos. Y ahora —cáncer al colon, fase tres. Cada vez, ella lo ha superado y ha salido vencedora. Pero no ha sido fácil. De hecho, hubo momentos en que ha sido una lucha atroz que la dejó agotada y débil.

Pero esta no es toda la historia.

A través de los treinta y cinco años de pruebas y aflicciones, mi amiga ha permanecido fuerte. A veces no puede ocultar las lágrimas porque los dolores son casi constantes. Pero hasta ahora permanece como un hermoso ejemplo de fuerza y poder. Y lo que muchos esperarían que la dejara desalentada y desilusionada ha sido lo que ha fortalecido su fe.

En realidad, todos enfrentamos aflicciones. No todos serán probados con tanta severidad como lo ha sido mi amiga, pero

no hay duda de que la vida puede ser dura. Vendrán pruebas. Nuestras esperanzas se hacen añicos. Nuestros sueños tal vez no se realizan. Ya sea que los desafíos sean grandes o pequeños, todos enfrentamos nuestra buena parte de problemas y desilusiones en la vida. Y si no tenemos cuidado, harán que tengamos una crisis nerviosa.

Lo sé porque me pasó a mí.



Para la época en que mi esposa, Patricia, y yo nos conocimos —en Portland, Oregón, en 1960—, ambos teníamos planes de ir al campo misionero y compartir las Buenas Noticias de Jesucristo alrededor del mundo. Después de haber terminado nuestros estudios bíblicos en 1961, de inmediato comenzamos con nuestros planes, sin perder tiempo. Nos casamos unos pocos meses después de nuestra graduación, y muy poco después de haber sido comisionados por la organización Sepal, nos mudamos a Detroit para un curso intensivo de siete meses llamado *Missionary Internship* (Internado para Misioneros).

Desde Detroit nos mandaron a Costa Rica. Desde Costa Rica fuimos a Colombia, y desde Colombia a México.

Desde nuestra nueva base en México, Patricia y yo, y un pequeño grupo de misioneros, comenzamos a prepararnos para realizar campañas evangelísticas en toda América Latina. Con la visión de proclamar las Buenas Noticias a regiones completas, nuestros sueños fueron grandes, y nos imaginamos grandes

éxitos. Llevamos a cabo grandes festivales evangelísticos a través de Centro y Sudamérica, trabajando junto a cientos de iglesias y alcanzando a miles de personas. En algunos países encontramos las puertas abiertas, en otros, gran oposición. Fue una época difícil y nos sentíamos agotados. Pero había un propósito en lo que hacíamos. Y nos sentimos realizados . . . hasta el verano de 1969.

Por más de seis meses, nuestro pequeño equipo había estado planeando una gran campaña en una ciudad clave de América Latina. Habíamos alquilado un estadio de béisbol, conseguido el apoyo de miles de voluntarios y pagado por mucha publicidad. Nuestra meta era llevar a cabo una campaña de dos semanas para compartir el mensaje de Jesús con tantas personas como nos fuera posible, de la forma más pública posible. Yo había pasado muchas noches sin dormir preparándome para el evento, el cual era el más grande que había planeado hasta entonces en mi carrera. Había invertido sangre, sudor y lágrimas en el proyecto. Y ahora, a sólo unos días de su comienzo, con todos nuestros anuncios cubriendo paredes por toda la ciudad, se podía sentir el entusiasmo en nuestro equipo y en las iglesias participantes. Estábamos seguros de que Dios estaba listo para hacer algo grande y usarnos a nosotros de forma poderosa.

Todo el equipo estaba involucrado en la campaña. Habíamos soñado con algo así durante años y habíamos estado trabajando horas extras para que todo marchara bien. Ver que finalmente esto se iba a realizar era más que podíamos imaginar.

Sin embargo, debajo de la superficie, no todo estaba bien. La verdad es que financieramente nos habíamos arriesgado mucho preparándonos para el evento. Yo lo llamé fe, pero en realidad no era fe. En lugar de tener la paz que acompaña a la verdadera fe en Dios, yo me sentía ansioso e impaciente. En mi apuro por avanzar con mi visión para el evento, en forma imprudente yo les había pedido dinero prestado a mis amigos y a algunas iglesias, creyendo totalmente que el dinero que se recibiría a través de las ofrendas durante las dos semanas cubriría todos los gastos. Pero nunca se me ocurrió que tal vez el evento no sucedería.

Ni me cruzó por la mente que el gobierno revocaría nuestro permiso dos días antes del comienzo.

Recibí una llamada telefónica de uno de los miembros de mi equipo.

—Luis —me dijo—. Nos cerraron la puerta. Cancelaron la campaña.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté—. ¿Qué quieres decir con cancelaron la campaña?

—Las autoridades, el gobierno, nos cancelaron el permiso. Todo ha terminado. Dijeron: “No pueden realizar la campaña. Es contra nuestras leyes . . . y ustedes son extranjeros. Y si siguen adelante, irán a la cárcel.”

Y eso fue todo. Nos revocaron el permiso y nuestra campaña terminó antes de comenzar. Sin ninguna vía de apelación, nuestros seis meses de planes se esfumaron.

De inmediato me sentí enfermo. Después de horas en el teléfono con líderes de esa ciudad —cualquiera a quien me

pude quejar o pedirle respuestas— finalmente, desesperado, me di por vencido. Todo ese trabajo, todos los preparativos; todo por nada.

Ese golpe casi me mató . . . literalmente. Estuve en cama con fiebre, pero en realidad no estaba enfermo. Durante tres semanas, estuve acostado en mi cuarto, sin deseos de levantarme, sin motivación para comenzar de nuevo. Estaba derrotado, extenuado y simplemente agotado. En mi afán por ofrecerles esperanza a otras personas, yo había perdido la esperanza. Ahora teníamos cuentas que pagar sin entrada alguna. Teníamos que escribir cartas pidiendo disculpas. Teníamos que responderles a nuestra misión y a nuestros amigos. Las preguntas no tendrían fin.

No podía parar los pensamientos que me daban vueltas en la mente.

¿Por qué habían cambiado de idea? ¿Por qué esto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? ¿Por qué en este lugar?

Tenía la mente invadida de pensamientos. Finalmente encontré las fuerzas para orar.

“Señor, creo. En realidad creo. ¿De qué me sirve? ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Y por qué parece estar tan lejos?”

Mi fe había sufrido un sacudón, y mis convicciones estaban bajo ataque. ¿Creía en realidad lo que dije que creía? ¿Valía la pena todo esto, aun en el dolor? Había hecho lo correcto. Había confiado en el Señor —*¡realmente había confiado!* Entonces, ¿por qué mi vida no estaba marchando de la forma en que yo esperaba?

Durante este tiempo, Patricia fue extraordinaria. Me cuidó,

pero también me presentó desafíos. Recuerdo que me dijo: “Luis, ¿qué estás haciendo en la cama? Levántate. ¡Sigue adelante! Esto no es tu fin.”

Durante esas tres semanas Dios estaba obrando en forma poderosa en mi vida. Él me sacó de mi ensimismamiento, realineó mis prioridades y me recordó las verdades básicas, fundamentales, de mi fe. Fue doloroso, pero muy poderoso.

Mientras Dios obraba en mí, hubo una sola cosa que pude realizar. Leí como loco —principalmente la Biblia. “Si este libro es verdad . . . si realmente es lo que dice ser,” me dije a mí mismo, “debe tener respuestas.” Y yo estaba decidido a encontrarlas. Estaba resuelto a devorar sus páginas hasta encontrarlas.

Centré la atención en el Evangelio de Juan. Lo leí en todas las traducciones y en todos los idiomas que entiendo. Mientras leía intensamente las páginas, sufrí una profunda transformación. Encontré que mis prioridades estaban siendo realineadas, mi perspectiva cambiaba y mi comprensión de Dios —mi Señor— estaba siendo amoldada en algo mucho más poderoso . . . mucho más profundo.

Esas tres semanas de búsqueda me cambiaron completamente. Y aunque fue doloroso, probó ser el comienzo de grandes cosas —no el fin de mi ministerio, como había temido. Pero fue sólo después de haber hecho mi propia introspección y mi propia búsqueda de Dios, sólo después de haber arreglado mis cuentas con el verdadero Salvador —no el que yo había creado en mi propia mente—, que pude bregar con las realidades de la vida y proseguir a cosas más grandes.

Con el tiempo, realizamos una campaña evangelística en aquella ciudad. Fue muy diferente de lo que jamás habíamos soñado, y fue hecha según el tiempo de Dios. Él la usó de formas poderosas —en nuestras propias vidas y en las vidas de las personas que alcanzamos. Él nos llevó a otro local para el evento y trajo a amigos y compañeros de ministerio a nuestro lado para suplir lo que nos faltaba financieramente y compensar nuestro déficit monetario. Todas nuestras cuentas fueron pagadas y las deudas, perdonadas. Y al igual que él ha hecho con tantas otras personas a través de la historia, Jesús se presentó en el tiempo correcto y trató con mi incredulidad.

Desde aquel verano clave hace más de cuarenta años, mi vida y mi ministerio han sido radicalmente diferentes. Dios ha hecho cosas poderosas por medio de mí y de toda mi familia —no debido a nosotros (de hecho, de muchas maneras a pesar de nosotros), sino porque él nos ama y quiere trabajar a través de nosotros.

Reflexionando hace poco sobre la forma en que Patricia y yo hemos sido usados en el ministerio durante los años, me maravillé y me sentí humilde. Dios nos ha llevado a más de setenta naciones y nos ha permitido presentar con claridad a Jesús a más de mil millones de personas mediante la televisión, la radio, la página impresa y eventos en vivo. Él me ha permitido hablarles cara a cara a más de 28 millones de personas, le ha permitido a nuestro equipo trabajar en asociación con decenas de miles de iglesias; también me ha permitido hablar directamente con presidentes, reyes y otros líderes por

todo el mundo. Y lo mejor de todo, Dios me ha permitido guiar a decenas de miles de personas a un compromiso personal con Jesucristo.

Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que el verano de 1969 fue un momento decisivo en mi vida. Yo no estaría donde estoy hoy si no hubiera pasado por ese tiempo de prueba. Las preguntas que formulé fueron preguntas saludables. El dolor fue necesario. Me quitó la fachada que presentaba y estableció quién era yo en realidad y a Quién estaba realmente sirviendo. Finalmente, fortaleció mi fe y me mostró el poder verdadero del Evangelio.

Estoy seguro de que usted ha lidiado con algo similar. El ascenso en el empleo por el cual trabajó tan duro y que nunca recibió. El negocio en el cual invirtió todos los ahorros de su vida sólo para perder hasta el último peso. El novio o la novia, el esposo o la esposa, por el cual usted lo arriesgó todo, sólo para terminar sin nada y destrozado. Los hijos que crió con tanto trabajo, de los cuales sólo recibió desilusiones y dolor. La familia que amó, y de la que sólo recibió rechazo. La casa que hipotecó —y que perdió porque no la pudo pagar.

Por supuesto, usted sigue adelante en la fe. Todavía sigue creyendo. Pero hay preguntas, preguntas profundas, y el dolor persiste. Y la vida transformada que le prometieron los predicadores como yo parece estar tan lejos como cuando usted comenzó su vida espiritual.

Todos lo hemos sentido —el rechazo, la confusión, la devastación, la falta de respuestas. Es como un rito de paso.

Pero ¿hay una esperanza real, que cambia la vida, en medio de todo esto? Yo creo que sí. Quiero decirle que sus mejores días podrían estar en el futuro —si usted confía en Dios.

Pero ¿cómo llega a ese lugar?

¿Cómo puede sobreponerse a su situación actual?

¿Cómo se permite a sí mismo ser transformado por la fe?

Esas son preguntas profundas y preguntas difíciles. Y esas son precisamente las preguntas que quiero ayudarlo a responder por sí mismo.

1

ESPERE MÁS

EL CONVERTIBLE QUEDÓ con las ruedas para arriba, completamente destrozado en la autopista mojada por la lluvia en las afueras de Londres. Pedazos de neumáticos, escombros y marcas en el pavimento se veían detrás del automóvil por unos quince metros. Salía vapor del destrozado motor. El retorcido metal y los vidrios rotos crujían mientras el vehículo se balanceaba sobre el capó.

Grant, el conductor de diecinueve años de edad, había sido lanzado fuera del automóvil, y con el impacto voló sobre la barrera de la autopista. Yacía inmóvil e inconsciente sobre los arbustos del costado de la carretera. Aunque estaba magullado y golpeado, sus heridas no eran mortales. Brandy

—su novia y la pasajera— no tenía la misma suerte. Como tenía puesto el cinturón de seguridad, había dado vueltas y se había golpeado mientras el vehículo daba volteretas por la autopista. Ella murió antes de que el automóvil se detuviera.

Eso sucedió tres días antes de que cumpliera dieciséis años.

Yo recibí la noticia unas pocas horas después del accidente cuando me despertó la llamada telefónica de madrugada. Me restregué los ojos y tomé el auricular. Era mi buen amigo Bill, el padre de Grant, y me di cuenta de que estaba muy perturbado.

—Luis, es terrible —comenzó.

—Bill, ¿qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Grant y Brandy tuvieron un accidente. Recuerdas a Brandy, ¿cierto?

—Por supuesto que recuerdo a Brandy. ¿Cómo está? ¿Cómo están ellos? Dime, ¿qué ha sucedido?

Bill vaciló. Me di cuenta de que estaba luchando para no llorar.

—Es algo muy malo, Luis. Grant está en el hospital. Pero Brandy . . . Brandy murió.

—¿Qué sucedió?

—Luis, fue una estupidez. Los dos habían salido a dar una vuelta e iban camino a una tienda. Grant estaba conduciendo demasiado rápido en las montañas y comenzó a llover, la carretera se puso resbalosa y perdió el control del vehículo. Sucedió en menos de un segundo.

—Bill, lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer?

—Ven, ven a Inglaterra. Te necesitamos aquí. La familia de Brandy te necesita. Su mamá preguntó por ti específicamente.

Yo no dije nada; todavía estaba tratando de asimilar las noticias.

—Ven y oficia el funeral, por favor —insistió—. Tú has tenido un papel muy significativo en la vida de Brandy. Y sé que es lo que ella hubiera querido.

—Por supuesto que iré, Bill.

Estaba a bordo de un avión hacia Heathrow, el aeropuerto de Londres, antes del fin de semana.



Mientras estaba en el avión, con el ruido de fondo de los motores, pensé en cuando conocí a la joven Brandy. Sucedió tres años antes, en una reunión de jóvenes en la que yo hablaría. Ella había llegado con su nuevo amigo, Grant, y tenía una sonrisa de oreja a oreja. Yo no sabía que su sonrisa ocultaba un mundo de dolor.

Aparentemente, a Brandy el mundo le sonreía. Era muy inteligente y bonita, y venía de una familia adinerada. Su padre era músico, y su madre trabajaba en la televisión. Y ahora ella tenía un apuesto novio que también venía de una buena familia. Su futuro se veía muy prometedor. Más tarde llegué a saber que su vida no era ni siquiera cerca de lo perfecta que ella aparentaba.

Mientras compartí mi mensaje aquel día, presentándoles a los jóvenes el desafío de que entregaran sus vidas a Jesucristo

y permitieran que él convirtiera su polvo en algo hermoso, tuve la sensación de que le estaba hablando directamente a Brandy. Por cierto que al final de mi mensaje, cuando hice la invitación, ella estuvo entre los primeros que se pusieron de pie y se dirigieron hacia la plataforma —no caminando sino corriendo, con Grant siguiéndola detrás.

Me bajé de la plataforma y encontré a Brandy en la multitud. Me di cuenta de que quería hablar, y yo quería ofrecerle aliento y guía. Mientras nos sentábamos los dos junto a Grant, le formulé preguntas acerca de su vida, porque sabía que el mensaje le había llegado al corazón. Ahora, tres años más tarde, aún tenía fresca en la memoria su historia.

—Brandy, ¿qué es lo que tienes en el corazón? —le pregunté.

—Necesito ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—Mi vida . . . no es lo que jamás hubiera pensado que sería.

—Dime qué te pasa.

—Me siento muy sola. No me siento amada. Mis padres no se llevan bien, y están demasiado ocupados para mí. Ni siquiera vivo con ellos. No le importo a nadie.

Pude sentir el dolor debajo de la superficie.

—¿Por qué no vives con tus padres?

—Se divorciaron hace varios años y viven en zonas diferentes. Para ellos soy sólo una distracción. Me enviaron a vivir con mis tíos, así que sólo los veo de vez en cuando. Me siento insegura, y eso es sólo el principio. ¿Por qué es tan difícil la vida?

—Brandy, lo siento —le dije—. A veces así es la vida. Pero estás equivocada en cuanto a no importarle a nadie. *Hay* alguien a quien le importas. *Hay* una razón para tener esperanza. Tú has sido creada para más que esto.

Me di cuenta de que ella todavía estaba procesando mi mensaje, pero estaba comenzando a hacerle sentido.

—¿Vas a la iglesia, Brandy?

—No. Mis padres nunca han sido religiosos, y mis tíos son ateos.

—¿Has leído la Biblia alguna vez?

—No. Nunca.

—Entonces, ¿en qué crees?

—En realidad no sé. Pero su mensaje . . . me hizo sentido.

—Brandy, hay alguien a quien le importas mucho. Hay alguien que quiere verte tener éxito. Él quiere darte un propósito, gozo y una vida realmente significativa. Se llama Jesús.

—No estoy segura —dijo.

—Lo sé; el mundo está lleno de dificultades, y tu vida no es perfecta. Tienes luchas y sientes dolor. Pero Jesús vino para vencer los problemas y el dolor del mundo. ¡Él vino para darte vida!

Durante los siguientes minutos, Brandy continuó expresando su dolor y sus luchas mientras Grant y yo tratábamos de consolarla. Estaba tan sola, tan quebrantada, tan desalentada. Quería una esperanza y necesitaba un nuevo comienzo. Anhelaba algo o alguien en quien pudiera confiar. Sus padres la habían defraudado. Sus tíos, aunque le habían abierto las puertas de su hogar, no siempre la apoyaban emocionalmente.

Tenía muchas inseguridades, muchos recuerdos dolorosos y muchas preguntas sin respuesta. Y era todavía muy joven.

Finalmente, supe que era el momento de hacerle pensar. Mirándola directamente a los ojos, le dije:

—Brandy, ¿quieres que tu vida cambie? ¿Quieres ver éxito donde ahora hay fracaso? ¿Quieres un propósito verdadero y transformador en tu vida?

—Lo quiero más que nada en el mundo —dijo ella a punto de llorar.

—Entonces, dime, Brandy, ¿por qué pasaste adelante?

—Porque quiero conocer a Jesús.

Mientras continuamos hablando, yo estaba asombrado de su humildad, hambre y anhelo de aprender. Se podía ver que el mensaje la había conmovido. Y mientras le explicaba con más detalles lo que significaba seguir a Jesús como su Salvador, ella lo entendió perfectamente. Aquel día, Brandy le entregó su vida a Jesús y se convirtió en una nueva creación.

En los siguientes tres años, la vida de Brandy experimentó una transformación radical. Aun como una adolescente, vio a Dios obrar cosas poderosas. Ella se convirtió en una jovencita encantadora que alentaba a sus amigos, y su vida rebosaba de propósito, esperanza y gozo. No dejaba de hablar de Jesús, y tampoco dejaba de sonreír.

Aun sus padres vieron algo cautivador en Brandy. A medida que pasaba más tiempo con su madre y su padre, y las amistades de ellos de la alta sociedad, Brandy alentaba y bendecía a todos. La gente se sentía atraída hacia Brandy, y ella con rapidez les decía que la verdadera atracción era Jesús. Aun sus tíos

—ambos ateos acérrimos— finalmente entregaron sus vidas a Jesucristo. Ambos me dijeron a mí personalmente que fue resultado directo de la vida y el testimonio de Brandy. La vida de Brandy había sido poderosamente transformada. No hay duda alguna de eso.



En el servicio fúnebre, la iglesia estaba repleta de músicos y estrellas de cine, alumnos de la secundaria, familiares, amigos y conocidos. Mientras yo estaba de pie al lado del ataúd y compartí sobre la vida de Brandy, estaba asombrado de cómo en tres cortos años esta dulce jovencita había tocado la vida de literalmente cientos de personas. Su vida había ido de dolorosa a poderosa. Ella y todos los que estaban a su alrededor habían visto que el polvo de su vida se había convertido en una corona. Su vida y su historia habían sido redimidas.

Esta jovencita logró más en esos tres años que mucha gente logra en toda una vida. Y su corta historia es un desafío para cada uno de nosotros. Brandy era un bebé en cuanto a su caminar espiritual pero fue fiel y Dios la usó de formas maravillosas.

Una corona en vez de polvo; el dolor convertido en poder; el rechazo, en gozo. Eso es algo que todos queremos. Y está a nuestro alcance.

Entonces, ¿por qué no vemos más de esta clase de vida?

¿Por qué no vemos más transformaciones radicales en la vida de las personas? ¿En nuestra propia vida?

¿Por qué no experimentamos una aventura más emocionante de fe y confianza, similar a la de Brandy?

A decir verdad, muchos de nosotros nos hemos convertido en creyentes cómodos. Vamos a la iglesia; creemos que lo que dice la Biblia es verdad; asistimos a la escuela dominical; tenemos las respuestas correctas y podemos citar los versículos bíblicos apropiados; pero de muchas formas nos hemos vuelto apáticos, somos creyentes que simplemente se sientan en las bancas de la iglesia. Otros han perdido por completo la confianza en la iglesia. Su fuego ha muerto y sólo les quedan brasas, y se han resignado a la conclusión de que la transformación profunda —que la Biblia promete— es algo que no se realizará completamente hasta que lleguen al cielo. Aunque entre tanto tal vez experimenten algunas pequeñas manifestaciones del poder de Dios, mayormente la vida es demasiado cruel y sus circunstancias son demasiado difíciles para ver que Dios está obrando activamente aquí y ahora.



Tal vez su problema sea una crisis de fe. Quizás sienta que sus circunstancias están tan fuera de control que sólo un absoluto milagro podría hacer alguna diferencia.

Bueno, es difícil imaginarse circunstancias más fuera de control que las situaciones que enfrentaron muchas personas a través de la Biblia. Leemos historias de mujeres enfermas, mendigos ciegos, padres que se sienten llenos de culpa, y aun asesinos y prostitutas. Se nos recuerda el poder de Dios

cuando él toma a estas personas y transforma sus vidas en algo hermoso. La Biblia está llena de historias mucho peores que la nuestra . . . gente que clamó el nombre del Señor y encontró sanidad, esperanza, aliento y una vida nueva.

Una historia que siempre me conmueve por su poder se encuentra en tres lugares en la Biblia (Mateo 17:14-20; Marcos 9:14-29; y Lucas 9:1-6, 37-43). Es la historia de un muchacho endemoniado y de un padre que luchaba con su fe.

Si conoce la historia, sabe que el joven había sido poseído por un espíritu malo desde niño. El padre había llevado al joven a algunos de los discípulos de Jesús para ver si podían expulsar el demonio, pero ellos no lo pudieron hacer —aun cuando Jesús específicamente les había dado el poder y la autoridad para sanar.

Cuando Jesús finalmente llegó al lugar, el padre, a quien ahora ya no le quedaban otros recursos, le rogó a Jesús que sanara a su hijo. Y le dijo: “Maestro, traje a mi hijo para que lo sanaras. . . . Ten misericordia de nosotros y ayúdanos *si puedes*.”¹

“¿Cómo que si puedo?,” preguntó Jesús. “Todo es posible si uno cree.”²

Tan pronto como el padre se dio cuenta de su error, cayó al lado de su hijo a los pies de Jesús. Con lágrimas en los ojos y dolor en la voz, rogó humildemente: “Sí, creo, pero *ayúdame a superar mi incredulidad!*”³

Después de eso, Jesús se volvió al muchacho, se arrodilló y oró. Con autoridad y poder reprendió al espíritu malo. Y en segundos, el muchacho fue sanado. La paz volvió al cuerpo del joven y la esperanza volvió a la escena.



Si usted es parecido a mí, cuando lee una historia como esa, se siente alentado. Se emociona al ver que Jesús se presenta para arreglar la situación y traer paz y sanidad al lugar. Después de todo, es lo que todos queremos. Es lo que soñamos en lo profundo de nuestro ser. Damos un suspiro de alivio cuando vemos que a Dios en verdad le importan nuestras circunstancias y que verdaderamente puede sanar, aun en medio de nuestra débil fe. Y se pregunta si él hará lo mismo . . . algún día . . . en alguna forma por usted.

Pero ahora vayamos a las preguntas difíciles: ¿Con cuánta frecuencia ha visto usted una situación que se desarrolló de esa forma en su propia vida? ¿Con cuánta frecuencia ha visto que Jesús se presentaba y hacía algo tan dramático? ¿Dónde estaba él cuando su amigo murió? ¿Por qué parecía estar distante cuando perdió su trabajo? ¿Por qué no detuvo el cáncer? ¿Dónde estaba su gracia cuando su cónyuge decidió irse? ¿Por qué permitió que perdiera su bebé?

No se trata de que usted no tenga fe. Al igual que Brandy, tiene fe de que Jesús vive. Al igual que el padre del muchacho, usted cree, por lo menos en parte, que Jesús puede tener un impacto en su vida. Sabe que él se está manifestando en el mundo. Cree en los milagros —pero en realidad usted nunca ha visto uno. Se pregunta por qué a veces Dios guarda silencio, y por qué usted no puede hacer uso de su poder para que obre en su propia familia, comunidad o circunstancias. Tal vez, se dice a sí mismo, Jesús no se ha manifestado todavía.

Quizá su atención esté centrada en otro lugar —en Haití o la India o en algún lugar del África. Pero en *su* vida . . . con sus circunstancias . . . usted no la ve. Después de todo, ¿Jesús realmente está interesado en usted? ¿Tiene él poder y quiere tomar su polvo —su dolor— y convertirlo en algo hermoso?

Aun así, usted quisiera creer que el mismo propósito y poder que experimentó Brandy está a su disposición. De hecho, usted cree que es *posible*, pero lo quiere experimentar en su vida —ahora mismo. Al igual que el padre en la historia, cuando fue confrontado con situaciones difíciles, no puede sino decir las palabras: “*¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!*”.



Por otro lado, tal vez usted ha llegado a ser una persona cínica. Cree que Dios existe y por lo menos tiene una comprensión vaga de quién es Jesús. Pero no acepta todo el bombo que se ha dado a los milagros de los tiempos modernos y a la transformación de la vida. Y francamente, no ve mucha diferencia entre algunos creyentes que conoce y otras personas. Por cierto que la fe en Jesús puede ser fantástica para otras personas, pero ¿qué tiene que ver esto con usted? ¿Por qué le debería realmente importar? ¿Y por qué debería someterse a esa clase de estilo de vida religioso? Tiene tantas limitaciones, tantas restricciones. Además, ¿es realmente real?

Dondequiera que se encuentre en el ámbito de la fe, estoy seguro de que alguna vez le ha cruzado por la mente el siguiente

pensamiento: *¿Qué sentido tiene?*. Se pregunta si la fe en Dios —o la confianza en Jesús y en su Palabra— en realidad puede marcar una diferencia en su vida diaria.

Todos tenemos épocas en que nos hacemos preguntas —nos preguntamos cuál es el propósito de todo. Hemos pasado por muchas pruebas. Hemos sentido el dolor, hemos luchado con la desesperación y nos hemos quedado preguntando por qué. Nos cansamos del ajetreo de la vida y también de nuestra aburrida vida. Desesperados, clamamos a Dios. Le pedimos a Jesús que se manifieste y traiga paz y liberación a la situación —que transforme nuestras vidas en algo verdaderamente significativo y poderoso. Y sin embargo, él parece guardar silencio. Nos quedamos preguntando: *Jesús, ¿dónde estás? Jesús, ¿qué es lo que se me escapa?*

La apatía nos envuelve. La desesperación se apodera de nosotros.

Al igual que la mayoría, usted se cierra al resto del mundo —pero aún preserva la ilusión de estar conectado— y continúa viviendo lo mejor que puede.

¡Pero fue creado para mucho más que eso!



Vivimos en un mundo arruinado. No se lo tengo que decir. En una u otra oportunidad, todos hemos experimentado que nuestra vida se desmorona. Hemos sentido el peso en los hombros y nos hemos deshecho bajo la presión. Algunas personas se han entregado al alcohol, las drogas, a comer en

exceso, a las relaciones sexuales inapropiadas o algunas otras cosas para pasar por esa situación. Otras juegan con la idea del suicidio, sacarse la lotería o encontrar a la persona de sus sueños. Parece que todos nos volvemos a alguna cosa para encontrar alivio; buscamos llenar nuestra vida con algo. Sin embargo, al día siguiente, el dolor todavía está allí, las heridas todavía no se han sanado.

Enfrentémoslo. Con demasiada frecuencia, nuestra vida no es lo que esperábamos que fuera. Lo que hemos logrado no es suficiente. No estamos conformes con lo que tenemos. La vacación no nos ha gustado, no ha sido lo suficientemente larga o no hemos podido descansar bastante. El dinero nunca nos alcanza. Las relaciones nunca nos satisfacen. Lo que anhelamos nunca se da. Nuestros planes nunca salen como esperábamos. Sin tener en cuenta lo que creemos, parece que todos luchamos con una realidad que no es la que habíamos planeado.

Si se encuentra en este lugar hoy, ¡anímesese! Sin importar lo que sea con lo que lucha, hay esperanza. ¡Lo sé! Yo lo he experimentado y quiero compartirlo con usted. A medida que lee este libro y considera la forma en que todo esto hace sentido, quiero que piense muy a fondo quién es usted en realidad, de qué se trata la vida, lo que realmente cree y el papel que Dios —nuestro Creador— desempeña en su historia, si es que desempeña papel alguno. No estoy hablando de una clase de fe “de domingo.” Estoy hablando de una fe verdadero y que transforma vidas. Estoy hablando de una fe que vale la pena vivir, una fe que no lo va a desilusionar. Después de todo, ¿no es eso lo que todos queremos?

No estoy escribiendo para probar que tengo razón. Estoy escribiendo lo que tengo en el corazón, y es por eso que a través de estas páginas encontrará algunas cosas de mi propia historia. Escribo de mi experiencia personal, por el gran amor que siento por la gente y por Dios, e impulsado por el deseo de ver personas liberadas para vivir la vida que había sido diseñada para ellas.

Jesús todavía vive, sigue manifestándose y redime nuestra vida. Y sí, al igual que hizo por Brandy y por el muchacho poseído de un demonio, Jesús todavía está levantando a las personas del basureo de la vida.

Es hora de que deje de contener la respiración y esperar lo peor. Es hora de dejar de sólo soñar sobre una vida mejor. No importa si puede o no ver adonde lo lleva el camino desde el lugar en que se encuentra. Es hora de que ponga la fe en Aquél que ve el fin desde el principio, Aquél que tiene el poder para expulsar demonios, sanar nuestras enfermedades y ayudarnos a caminar en terreno firme.

Es hora de decirle al Señor: “¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!”.

Acerca de los autores

LUIS PALAU

Por más de cincuenta años, Luis Palau ha sido un orador poderoso a favor de la relevancia, realidad y significado de la espiritualidad de toda la gente alrededor del mundo. Su trabajo de orador, maestro, autor y líder espiritual lo ha llevado a más de setenta naciones, y sus campañas le han permitido presentar en forma clara a Cristo a más de mil millones de personas alrededor del mundo por medio de la televisión, la radio, la página impresa y los eventos en vivo.

Luis es conocido como uno de los defensores principales del cristianismo por su posición firme en asuntos de fe y en la importancia de una vida espiritual sana y fuerte siguiendo las enseñanzas de la Biblia. Es muy respetado alrededor del mundo, y especialmente en América Latina, donde pasó mucho de su ministerio. Muchos consideran a Luis como el líder espiritual más influyente de los últimos cuarenta años en América Central y en América del Sur.

Ha escrito más de cuarenta libros, es anfitrión de tres programas radiales internacionales y dirige la Asociación Evangelística Luis Palau. Ha dedicado su vida y carrera a presentar a Jesucristo a tanta gente como le ha sido posible.

JAY FORDICE

Jay Fordice es escritor y es un miembro clave del equipo de la Asociación Evangelística Luis Palau. Ha servido en el equipo de planeamiento de la Asociación desde el año 2003, trabajando en comunicaciones con los donantes. Durante los últimos años, Jay también ha trabajado con Luis Palau en muchos artículos y libros.

Antes de unirse a la Asociación Evangelística Luis Palau, Jay trabajó como director de comunicaciones y coordinador de equipos para la mundialmente famosa radio HCJB en Quito, Ecuador.

Jay y su esposa, Michele, viven en Portland, Oregón, con sus dos hijos, Carter y Elliot.